

A este retrato de tono sepia que me mira con su ojo húmedo, voy a ponerle un marco en estas líneas. Es fácil la tarea, porque tuvo el alma abierta a todas las comprensiones: la del paisaje, la del dolor, la del error, la del ensueño futuro y la de la idea generosa.

MANUEL SERRANO BLANCO

MONS. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

* *Bogotá, 18 de diciembre de 1857*

† *Bogotá, 18 de marzo de 1930*

Murió el maestro, el escritor insigne, el estilista maravilloso, el eximio orador, el clarísimo filósofo, el consumado teólogo, el hombre múltiple, el amigo irremplazable, el patriota de finísimos quilates, el sacerdote modelo: Rafael María Carrasquilla. ¡Con qué satisfacción, con qué orgullo pronunciábamos todos este nombre, ungido por la fama, por el cariño de un pueblo, de una raza! ¡Con qué orgullo lo pronunciábamos también ahora, pero con qué pena, con qué tristeza, con qué dolor! Los ojos lloran, el corazón se deshace, el alma gime, pero alaba a Dios que lo hizo tan bueno, tan perfecto, tan grande, grande en todo.

Grande fue también la apoteosis que se le tributó el día de su muerte, pero tan espontánea, tan cordial, tan unánime. Persona que recordaba el entierro del Illmo. señor Paúl hace 40 años, que dejó en Bogotá fama imperecedera, de espléndido y magnífico, decía: ha sido superior el de Monseñor Carrasquilla.

La prensa de todos los matices lo ha elogiado sin reservas. Los honores han llovido sobre él. El panegírico a su memoria se escucha en todas partes, de todos los labios.

Mucho se ha dicho, mucho se ha escrito, mucho se

ha hecho en honra suya. Y sin embargo todo lo dicho, y todo lo escrito y todo lo hecho, todo es poco—hemos de confesar—si lo comparamos con los méritos del varón excelso. ¿Me equivocaré? ¿me cegará el afecto?—Pero si se trata de la Iglesia, ahí están sus Prelados, ahí están los mismos Jefes supremos del Catolicismo que lo encomian a porfía. Así el inolvidable Ilmo. señor Herrera Restrepo en conocido documento elogia sus talentos y sus méritos y aprecia en su justo valor sus luchas por Dios y por la Iglesia. Y lo elige para miembro del capítulo. Los Sumos Pontífices León XIII, Pío X y Benedicto XV le atestiguaron su paternal estimación. León XIII le dio muestras de grandísima deferencia. Pío X lo honró con una bellísima carta y el alto título de doctor en teología, y Benedicto XV, a más de un valiosísimo autógrafo, lo nombró Prelado doméstico de Su Santidad. Y por lo que hace al Pontífice reinante, Su Santidad Pío XI, le envió bendición muy expresiva en la hora del viaje final, que el agraciado no alcanzó a conocer aquí abajo, y tuvo por bueno que las cenizas mortales del maestro quedasen al pie de su querida *Boradita*, al frente de las de Fray Cristóbal de Torres, en aquella histórica capilla del Rosario, reliquia colonial, retocada por él, que guarda el eco de su palabra elocuentísima, donde sus enseñanzas al par de sus ejemplos hicieron tanto bien. ¿Soñaría él alguna vez quedar allí?—Su humildad acaso no se lo permitió; pero desde el cielo seguro que su alma se regocija inmensamente de que su cuerpo espere allí la final resurrección.

Los Jefes del Estado también reconocen unánimes los grandes méritos del doctor Carrasquilla. En 1890 el señor doctor Carlos Holguin lo nombró Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuando estaba todavía en la flor de sus años, pero unía ya a la gloriosa investidura de sacerdote, los laureles de las hu-

manidades, de la literatura y de las ciencias y la fama justísima en la oratoria sagrada. El señor don Miguel Antonio Caro lo nombró su Ministro de Instrucción Pública y reconoció la autonomía al Colegio del Rosario. El doctor José Vicente Concha «propone su meritísima labor educadora y sus nobles ejemplos de virtud y patriotismo al respeto y gratitud de los colombianos». Tocó al Excelentísimo señor Presidente actual, doctor Miguel Abadía Méndez, honrar la memoria veneranda de Monseñor Carrasquilla con el muy sentido y elocuente decreto de honores, marcado con el número 459 del presente año, que de todos es ya suficientemente conocido.

* * *

Monseñor Carrasquilla fue ante todo y sobre todo un gran *maestro*, el maestro de muchas generaciones colombianas. Y lo fue por doble título: por vocación y por herencia. Porque cuando un hombre aparece dotado de las excelsas cualidades que él tenía, que eran precisamente las de los grandes pedagogos, las de los institutores natos, entonces todo es claro indicio de que Dios—que no comunica sus gracias inútilmente—lo tenía escogido para tan alto oficio. Por herencia también, porque el noble camino del magisterio fue firme y valientemente recorrido por su ilustre genitor, el nunca olvidado don Ricardo.

En el *Liceo de la Infancia*, afamado plantel fundado y regido por don Ricardo, se fue formando desde la más tierna edad el corazón y la mente de Rafael María, siendo allí mismo un poco más tarde discípulo y maestro a la par, cobrando así desde entonces aquella afición al profesorado que lo distinguió toda su vida.

El influjo de tal padre y maestro fue decisivo. «Le debí mi educación—decía ingenuamente Monseñor Carrasquilla—, desde que tuve la primera percepción en la cuna hasta que entré interno al Seminario; y todavía

en los primeros años de mi sacerdocio, últimos que vivió sobre la tierra, tuvo decidida autoridad sobre mí.....

«No estuve con él en el colegio sino en una clase de religión, ni yo alcancé a estudiar en aquella época sino las materias elementales. Y sin embargo, sin darme clases ni señalarme lecciones, ni tareas, ni hacerme leer por su cuenta libro alguno, cuando llegué al Seminario me admitieron directamente con lo que sabía, a los cursos de teología sagrada.

«Estudió mi carácter e inclinaciones naturales, y él, poeta de la escuela romántica, me hizo amar y estudiar los autores del más puro clasicismo; él, seguidor del idealismo sano en filosofía, me forjó discípulo devotísimo y convencido de Santo Tomás.

«El día que le comuniqué, antes que a nadie, mi deseo de entrar al Seminario, no manifestó sorpresa, ni alegría, ni pena. Me dio unos pocos consejos, que mucho me sirvieron en el corto tiempo del estudio y me han aprovechado en los ya largos del sacerdocio. ¡Ojalá los hubiera yo observado mejor!»

En 1881 emprendió don Rafael María sus estudios eclesiásticos en el Seminario bajo la dirección del señor doctor don Bernardo Herrera Restrepo,

Ya para aquel entonces había llamado la atención de los hombres de letras como escritor de robusta textura mental, que muy niño había tenido ocasión de escuchar las sabias lecciones orales que en gratas conversaciones prodigaban los literatos fundadores de *El Mosaico*.

Y ¿dónde escribía el joven Carrasquilla aquellos primeros artículos que tal fama le dieron antes de llegar a los veintitrés años de edad?—Pues nada menos que en *El Repertorio Colombiano*, la mejor revista de su clase—según Menéndez y Pelayo—en la América española. Allí aparecen entre otros de sus primeros escritos, su

magistral pieza literaria sobre Núñez de Arce y su notabilísimo estudio sobre la filosofía, en donde se encuentra ya esbozado el pensamiento filosófico de Monseñor Carrasquilla. Si en éstos y en otros trabajos juveniles, su estilo no tiene aún en toda su perfección las grandes dotes de precisión, claridad y elegante aticismo que lo caracterizan y lo distinguen con sello inconfundible, sí aparece ya en sus frases el hondo pensador.

Las ideas pedagógicas de Monseñor Carrasquilla están expuestas en casi todas sus obras, pero muy especialmente en el precioso folleto, muy raro hoy. *Revolución en la instrucción pública*: en su candente escrito *Lo nuevo y lo viejo en la enseñanza*; en su oportunísima carta sobre *educación moderna*, y en sus encantadoras *Lecciones sobre el arte de educar*. Para saborear estas últimas, así como otras muchas producciones del insigne literato se hace preciso recorrer las páginas sabias y jugosas de la REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, fundada por él y publicada sin interrupción desde hace 25 años.

Fuera de los opúsculos antes citados y acaso algunos más, como otro que recuerdo ahora *sobre la barbarie del lenguaje escolástico*, prodigio de largo y paciente estudio, así como de grandes conocimientos filológicos, las obras extensas de Monseñor Carrasquilla son: el *Ensayo sobre la doctrina liberal*, las *Lecciones de metafísica y ética*, las *Historias y Cuentos para los estudiantes del Colegio del Rosario*, el libro de *Sermones y discursos escogidos* y dos tomos de *Oraciones fúnebres*. Obras estas dos últimas a que quiero referirme más detenidamente en lo que queda de este cariñoso recuerdo, pues deseo decir algo del eminentísimo orador sagrado, aunque con temor de no acertar a juzgarlo debidamente.

* *

El 8 de septiembre de 1883 recibió Rafael María Carrasquilla, la que él llamaba «honra y felicidad de su existencia», la sagrada unción sacerdotal, de manos del Ilmo. señor doctor don Carlos Bermúdez, Obispo de Popayán.

Al año siguiente desempeñaba ya el puesto de Prefecto del Seminario de Bogotá, y poco después el de Vicerrector de ese ilustre instituto, que siempre se ha distinguido por la solidez de la enseñanza y por el acendrado espíritu apostólico y de piedad sacerdotal.

En 1887 ejercía su fructuoso ministerio, como cura de almas en la parroquia de Egipto. Allí escribió su encantadora monografía de San Agustín, que tan merecido renombre conquistó al joven escritor.

Después, por dos años, desempeñó el curato de la Parroquia de la Catedral en la entonces llamada Iglesia de S. Carlos, hoy S. Ignacio. Aquí fue donde se hizo más patente su don de gentes, su actividad y su celo de apóstol.

Luégo viéné el rectorado del Colegio del Rosario, la obra monumental puede decirse de su vida, por espacio de 40 años, hasta el día mismo de su santa muerte. Y simultáneamente con ese alto cargo que a otro hubiera abrumado, las cátedras de moral en el Seminario y de metafísica en el Rosario y el de capitular, y el de Director de la Academia colombiana de la lengua y la labor no interrumpida de la pluma y tantas otras obras importantes, como la dirección espiritual de muchas almas. Y entonces y antes y siempre, desde el día de su consagración sacerdotal hasta que los achaques de los últimos años no lo dejaron más, el púlpito fue el teatro principal de su largo y fecundo apostolado.

Monseñor Carrasquilla nació para *orador*, porque

aquello de que *el poeta nace y el orador se hace* no parece tan exacto: uno y otro necesitan los dones de la naturaleza; uno y otro reclaman el concurso del arte y del estudio. Nació para orador y fue el ideal del orador sagrado. Y él con los doctores Carlos Cortés Lee y Francisco Javier Zaldúa llevó a su apogeo la cátedra sagrada en Colombia, que siempre ha tenido muy dignos representantes.

Poseía Monseñor Carrasquilla, y en alto grado, todas las cualidades que se requieren para ser perfecto orador sagrado: inteligencia, y muy clara, sensibilidad exquisita, imaginación perpetuamente juvenil, gallardía, de porte, gravedad no estudiada, voz dominadora, palabra ungida, corazón ardoroso y tierno, y sobre todo mucho amor de Dios y de las almas, y la autoridad que sólo da la vida austera y santa. Hé ahí el secreto de aquella predicación portentosa. Agreguemos a esto aquella facultad que Platón llama «potente diosa», la memoria, que en Carrasquilla era un prodigio. Cuántas veces le pasó tener que dictar para dar a la estampa un sermón no escrito antes, y hacerlo, con las mismas palabras, ni una más ni una menos con que antes lo había dicho. De aquí el que los que lo habían oído y lo leían después ya publicado, se quedasen pasmados de tanta fidelidad. Es que todo entraba en aquel poderoso espíritu, y todo, colocado en su sitio, se quedaba allí, y allí se arraigaba.

Constante lector de los grandes maestros del habla castellana, admirador de la cátedra francesa y ferviente discípulo de Agustín y del doctor de Aquino, la forma y el fondo de sus brillantísimos discursos no dejaban nada qué desear.

«El consumado orador sagrado—escribe el mismo Carrasquilla en el prólogo a los sermones del P. Cáceres—ha de ser teólogo consumado, y filósofo de cepa. No se

puede infundir forma, soplo de vida pujante, a una materia raquítica y mezquina. No se esculpe el *Moisés* si no hay un trozo enorme de mármol blanquísimo, ni se pinta el *Juicio Universal* sino en el amplio muro de la Capilla Sixtina..... Pero la teología—agrega—no es oratoria, y la filosofía no es elocuencia; la verdad ha de ir, para ser artística, envuelta en ropaje de severa hermosura.»

Por eso Carrasquilla era perfecto orador sagrado, porque a la abundantísima copia de doctrina filosófica y teológica que era la materia de aquellas oraciones admirables, inconfundibles e imborrables, le añadía él aquella forma maravillosa de su ático estilo, en que la galanura de la frase, la sobriedad, la corrección y la claridad diamantina corrían parejas y hacían de su prosa un modelo de la más desesperante facilidad.

Difícilísimo sería calcular el número de sermones pronunciados por Monseñor Carrasquilla en el ejercicio de su ministerio en el largo espacio de más de 40 años; pero sí puede asegurarse que no hay templo ni capilla de la capital donde no se haya oído y no una sino muchas veces su palabra docta, elocuente y llena de unción. El bien que con ello hizo es incalculable.

La inmensa obra oratoria de Monseñor Carrasquilla puede dividirse así: *sermones dogmáticos, panegíricos, conferencias, discursos académicos, oraciones gratulatorias y fúnebres.*

Entre los *sermones* propiamente dichos, me permito llamar la atención de los lectores de *El Mensajero* al que en honor del Sagrado Corazón de Jesús predicó nuestro insigne orador el 20 de junio de 1884. Estaba entonces en el primer año de su sacerdocio y contaba apenas 26 de edad. Y sin embargo allí se muestra ya consumado filósofo y profundo teólogo y se mezclan con arte maravilloso las doctrinas de la filosofía cristiana

con las más altas enseñanzas teológicas acerca del misterio del Verbo encarnado. Bellísima es la pintura que nos hace del Salvador enseñando al mundo la verdad en los campos de Judea, en pie bajo un árbol, o sentado en la popa de una navicilla pescadora anclada a orillas del mar de Tiberiades, con la sencillez y candor de un niño y con toda la autoridad de un Dios. Pero cuando se eleva Carrasquilla a las cimas oratorias es cuando nos presenta las cualidades del Hombre-Dios, por las cuales arrastra en pos de sí todos los corazones. ¡Cómo nos habla de la bondad de Jesucristo! Entre los diversos cuadros evangélicos que la ponen de relieve, la Magdalena, la Cananea, el Centurión, la Samaritana escoge el de Zaqueo, el publicano, que describe maravillosamente, concluyendo con este magnífico epifonema: «¡Espectáculo para dejar suspensos de admiración a los ángeles ver al Hijo de Dios sentado a la mesa en medio de un cortejo de publicanos y pecadores convertidos por el Corazón de Jesucristo en verdaderos israelitas y en herederos del reino celestial!».

Otro de los sermones que más me seduce y me llena de entusiasmo es el del Santísimo Sacramento. No me es posible mostrar ahora uno a uno todos sus primores. Básteme decir que me parece digno en todo de los grandes maestros. Oíd cómo anuncia y divide la materia: «En el sacramento del altar Jesús se nos da por amigo como en el pesebre; por nosotros se inmola del propio modo que se sacrificó en la cruz, y finalmente es prenda de la gloria que en la eternidad nos espera. En tabernáculo es imagen de Belén, copia del Calvario, anticipación del cielo». Aquello es divino y está dicho todo.

De los *panegíricos*, de las *conferencias*, mucho podría decir, lo mismo que de los *discursos académicos* y de las *oraciones gratulatorias*, en que las bellezas de pensamiento y de dicción abundan por todas partes. Pero, ¿qué

colombiano medianamente culto no conoce estas piezas magistrales? En ellas es donde aparece en toda su diáfana pureza el estilo incomparable y el pensar profundo del literato de severos estudios clásicos. Si no, leed la oración gratulatoria pronunciada en la catedral de Bogotá el día del centenario de la independencia nacional, en que la llama del más puro patriotismo que arde en su corazón lo eleva ya desde el exordio, estupendo como pocos, a las cumbres de la más sublime y arrebatadora elocuencia; o la que dijo en elogio de Fray Cristóbal de Torres, al descubrirse la estatua que perpetúa la memoria del inmortal fundador del Colegio del Rosario, en que evoca los más caros recuerdos de las glorias de España y de Colombia; o su discurso académico en elogio de don José Joaquín Ortiz, escrito con suprema dilección, o finalmente el que versa sobre el doctor Liborio Zerda, en que «la perfección de la forma corre parejas con la profundidad del concepto, y el hombre versado en las últimas luchas científicas está a la altura del literato y del filósofo», según observa el erudito y galano escritor doctor Luis María Mora.

Y ¿qué decir, finalmente, de las *oraciones fúnebres*? Todos dicen que son magistrales. ¿Qué no diré yo que no me canso nunca de leerlas, que me sé muchas de ellas de memoria y que no ceso de *compararlas* en la mente con las clásicas del gran maestro en este género, el *incomparable* Bossuet? Sólo diré con nuestro eminente crítico don Antonio Gómez Restrepo: «Monseñor Carrasquilla ha sabido mantener el decoro de la cátedra sagrada, no humillando la palabra divina con adulaciones a la grandeza humana, ni adornando con flores retóricas la majestad desnuda de la muerte; antes bien, presentando el espectáculo de la vida de los hombres ilustres como testimonio de la efímera grandeza mortal, sólo realzada por la virtud. En esas oraciones, de seve-

ro y elevado estilo, se levanta el orador en alas de la emoción, a la esfera de lo patético y de lo sublime.

A la palabra elocuente del *Bossuet colombiano* desfilan ante nuestros ojos extasiados las figuras colosales de tres eximios Pontífices: León XIII; Pío X y Benedicto XV; las de tres arzobispos de Bogotá: Mosquera, Arbeláez y Paúl; la de un insigne estadista colombiano: Núñez; la del maestro del Libertador: don Simón Rodríguez; la de un prócer de la Patria: Nariño, y la del gran sacerdote, gran sabio y gran patriota, el Cardenal Desiderio José Mercier.

Tales son los héroes que tocó a Monseñor Carrasquilla presentar en toda su magnitud ante auditorios siempre selectísimos. Otro menos hábil tal vez los hubiera empuqueñecido. No así él, panegirista de raza. Por eso sus personajes con ser lo que son, parece como si se agrandaran al sentir el soplo vivífico de su palabra sugestiva. No dispongo ahora del campo suficiente para descender a detalles, que acaso otro día puedan señalarse más de propósito.

Por hoy creo haber cumplido en la medida de mis débiles fuerza, además de la deuda de la oración y de los sufragios, con esta otra de gratitud imperecedera a quien me dio inmerecidas pruebas de aprecio y de cariño y que fue grande amigo de S. Ignacio y de su Compañía, honra y prez del Clero, de las letras y de las ciencias y orgullo de Colombia, que lo llora con lágrimas irreparables como a hijo muy querido.

JOAQUÍN EMILIO GÓMEZ, S. J.

(*El Mensajero del Corazón de Jesús*, mayo de 1930).



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

MONSEÑOR CARRASQUILLA

Parécenos que al desaparecer del mundo para siempre este clarísimo varón, las cláusulas de sus oraciones fúnebres, solemnes como la muerte y consoladoras como la esperanza, elevaron al cielo con lúgubre tañido una prolongada plegaria de sollozos, digno eco del lamento lanzado a todos los ámbitos por los sacros broncees desde los altos campanarios.

Y toda esa pompa fúnebre habría sido ornamento adecuado a la siniestra realidad de aquel instante. A esa hora se arrancaba de nuestros brazos uno de aquellos hombres que tienen la rarísima virtud de paralizar momentáneamente, cuando expiran, el corazón de la República; se extinguía en la tumba aquella voz que como campana clamorosa nos había congregado tantas veces bajo las cúpulas altivas para que arrebatadas nuestras almas por la verdad y la belleza exhalaran el sagrado aroma del incienso y emitieran el tranquilo fulgor de los eternos amores y para que escucháramos en el silencio la atronadora voz de la eternidad, libertados siquiera por un momento de la efímera grandeza y del pasajero esplendor de cuanto quería retenernos en el suelo; y se hacía, en consecuencia, en todos los espíritus la melancolía del crepúsculo producida por la lánguida luz del ocaso y propicia para contemplar cómo ascendía a la inmortalidad, envuelto en la piadosa armonía de los más hondos gemidos, uno de los pocos dignos de alcanzarla.

Todas las prerrogativas de la mente sintieron efectivamente la angustia de este adiós desgarrador. Carrasquilla era para todas ellas la confortadora luz que anunciaba a los navegantes combatidos por las furias del proceloso piélago, acosados por la noche y asediados por la duda, las tierras nuevas por cuyo hallazgo habían aceptado todos los peligros, confiados en que algún día descansarían en ellas en brazos de la verdad, de la belleza y del bien.

Filósofo eximio, meditó profundamente en Dios, en el hombre y en el mundo y en atrevida exploración mental remontó el curso de la existencia de todos los entes para hallar final-

mente los manantiales de sus últimas causas o razones; siguió en esta empresa la ruta que en aquilino vuelo recorrió el gigantesco pensamiento de Aristóteles y Santo Tomás y declaró en nombre de la verdad a una juventud ávida de aceptar como última expresión filosófica cuanta extravagancia rotulan los audaces con tan sugestivo título que la Filosofía católica no tiene que inclinarse ante ninguna Escuela, que ella ha colmado entendimientos anchos y profundos como el océano, resolviendo las más atrevidas interrogaciones, y que merece el estudio paciente antes que las necias burlas y las insensatas críticas de la ignorancia. Educador perfecto, formó para la Patria varones de imperecedera memoria. Sacerdote egregio, dio esplendor a su sagrada investidura con todos los dones de la sabiduría y la santidad. Escritor y orador insigne, extrajo de la lengua de Castilla toda la miel de sus dulzuras y toda la tristeza de sus más hondos dolores; arrebató a cuantos tuvieron la dicha de escucharle y les atravesó el alma, al par que con las centellas de su avasalladora elocuencia, con grandes pensamientos y con tremendas verdades; sobre la olímpica grandeza de los Padres de la Patria y la excelsa magnitud de los que a ellos sucedieron en la obra de afirmar la vida de aquélla en la justicia, en la libertad y en la gloria, levantó el nombre de Colombia para que como empinada montaña dominara desde el presente las más apartadas edades del porvenir; y derrochó toda la magnificencia de su tesoro espiritual para vestir con regia mortaja de flores la memoria de augustos Pontífices fallecidos y entregarlos así engrandecidos y magnificados al respeto, a la admiración, al estudio y al amor de todos los pueblos y de todos los siglos. Expositor a la vez claro y profundo escribió páginas que no habría rehusado prohiar el por siempre ilustre Cardenal Mercier e indujo inadvertidamente a la comprensión de difíciles problemas sin dejar sentir a los que le seguían el pavor de las locas ascensiones con la calculada oscuridad de la expresión con que los menesterosos del saber defienden del desprecio la miseria de sus infantiles conceptos. Patriota fervoroso, su corazón palpitó paralelamente al de la

Patria en todos los instantes de su vida. Quizás a estas horas platica con su cercano pariente, el inmortal Precursor de nuestra Independencia, en las serenas regiones en que se ciernen hoy sus espíritus, acerca del pasado, del presente y del porvenir de la República en diálogo semejante a aquél que con su padre y con su abuelo sostuvo Publio Cornelio Escipión en el sueño recogido por Marco Tulio en páginas henchidas de eternidad.

Mas todo elogio es pálido y temeraria osadía toda alabanza en loor de esta gran figura desaparecida. Los labios de quien de ella quiere hablar sólo aciertan a repetir ante su tumba estas palabras que en su diáfana sencillez son el más cálido panegírico que en honor de ella pueda pronunciarse:

«Tanto homini nullum par elogium».

JESÚS NARANJO V.

(*La Defensa*—Medellín)

MONSEÑOR CARRASQUILLA

El rector excelentísimo del Colegio del Rosario no ha muerto. Vive, porque viviendo sigue su gloria en las obras que pregonan la prolongación de su vida; porque alienta en el corazón agradecido de profusas generaciones, que se levantaron a la luz de la República, y porque en los labios de los hombres mozos, que son los labios trascendentes de la patria, su nombre aparece como una floración del alma que él plasmó con vocación apostólica para continuar en el tiempo. Es el caso de exclamar con Maura, ante los últimos despojos de Gamazo: «No ha muerto, porque su obra vive; si ella muriera, los muertos seríamos nosotros».

Es el aliento de una hora trágica en que el desconcierto se confunde con las felices anunciaciones, a la vez que el dolor se suma a la esperanza. Se dijera, al auscultar el pecho de la República, que concurrimos a la confusión de ideas y de lenguas. Mientras tanto, un lumínar se esconde discretamente y quedamos oteando en las tinieblas en procura del sendero. Perdido el astro nos abrazamos a las lecciones del maestro, que como una lámpara fácil nos señale sabiamente el destino. Pero contemplamos antes el sitio donde se apagó a nuestra vista ese

fanal de luz, para consagrarle la gratitud de una memoria. Contemplamos entonces en la mágica penumbra de las bóvedas de la capilla del colegio su real apostura cardenalicia, garbosamente adormida, en el recinto donde se agita todavía el eco visionario de Fray Cristóbal de Torres, al pie del retablo milagroso de la «Bordadita», que sigue velando, desde los claustros adustos, por la salud de la patria.

Empezábamos, va para algún tiempo, nuestros estudios elementales de filosofía, y nos acongojábamos con la impiedad de la materia. Aquel desentrañar lento del sentido preciso de un tic-tac abominable de distingos y contra-distingos. Nos convencíamos de que los filósofos no sabían escribir! Pero el tacto admirable de nuestro profesor hizo llegar un día a manos de los estudiantes las «Lecciones de Metafísica y Etica» de monseñor Carrasquilla. Nuestros prejuicios desaparecieron, se esfumó el horror a la materia abstrusa, la consideramos fácil y estudiable al fin para amarla después, como la ciencia de las ciencias, en la que el entendimiento se recrea en las lucubraciones de las causas últimas. Carrasquilla, como Balme, dominaba no solamente la substancia del problema filosófico que explicaba, sino que lo revestía de una amable forma literaria, como quiera que dominaba y conocía perfectamente las bellas reconditeces del lenguaje. Era de ver la asombrosa exposición sobre transformismo que, dicho sea, no hemos logrado tan magistral y completamente en otro autor. La llaneza con que expone maravilla por lo clara y fácil. Dijérase que no se estudia materia tan compleja.

Monseñor Carrasquilla puede concurrir, por derecho propio, o los jardines de Academón y, al lado del Cardenal Mercier, orlar con su obra de filosofía constructiva la capa de los neotomistas. Resulta de mucho interés estudiar el autor de «Lecciones de Metafísica y Etica» a la luz de las tendencias filosóficas contemporáneas, como que su obra vibra con la poderosa voz gestatoria que conmueve la filosofía ante los últimos descubrimientos y conquistas de la ciencia. Por eso el rector del Rosario, que lo fue de muchos que no concurrieron al aula secular, se insinuó con mayor eficacia en el entendi-

miento de los jóvenes, que otros maestros que apelan a lo que se ha denominado en buen clásico: «el terror saludable».

Monseñor Carrasquilla no ha muerto, pero se ha ocultado a los ojos de sus discípulos y de sus compatriotas, cuando una nube de mascarones aldeanos convertidos en ídolos gloriosos, conspiran por destruir los ideales patrios. Descanse el grande y modesto mentor, bajo la sombría ojiva del Colegio del Rosario, a la sombra de la incomparable «Bordadita», frente al sarcófago donde reposa la inteligencia creadora de Fray Cristóbal de Torres. Entre tanto, solloza la juventud, como voces de canarios que se oprimen el alma.

Medellín, marzo 26-30.

A. MONTES HERRERA

(*La Defensa*—Medellín)

DOCUMENTOS LLEGADOS ULTIMAMENTE

DECRETO NUMERO 143 DE 1930

(MARZO 22)

por el cual se honra la memoria de Monseñor Rafael María Carrasquilla

El Gobernador de Boyacá,

en uso de sus atribuciones, y

CONSIDERANDO:

Que el día 18 del mes en curso dejó de existir en Bogotá el egregio colombiano y sabio maestro monseñor Rafael María Carrasquilla, quien bajo los influjos de altísima vocación consagró la mayor parte de sus dilatados días a la formación moral, social e intelectual de la juventud colombiana, dándole así brillo singular a la patria, honor al sacerdocio católico, prestigio a las letras castellanas y gloria imperecedera a los claustros